

De quien escribe a quien lee (2): Lectura y escritura desde las bibliotecas. El papel de las bibliotecas.
Liber. Madrid 9 de octubre de 2019

La doble travesía del libro

Jesús Arana Palacios

UNO. Empecemos con una obviedad: el libro tiene una doble naturaleza. Por una parte no es más que un conjunto de hojas de papel parcialmente llenas de tinta y encuadradas (que me perdonen de momento los creadores de esas maravillas que son algunos pop-up), y al mismo tiempo tiene un contenido intangible del que conocemos su capacidad para emocionarnos, entretenernos, proporcionarnos conocimientos, hacernos reflexionar y en definitiva, para transformarnos. De esa doble naturaleza surgen no pocos equívocos. Porque el proceso de fabricar un libro, de transportarlo y de almacenarlo no es muy diferente del proceso de fabricar, transportar y almacenar un ladrillo, pongamos por caso, o un cajón de madera, objetos de los que por lo general no esperamos que nos emocionen ni nos hagan pensar especialmente, incluso de los que esperamos todo lo contrario. Por supuesto, todas estas tareas son imprescindibles en el camino a veces errático que es necesario recorrer “entre quién escribe y quién lee”, para decirlo con el título de este ciclo de mesas redondas. Porque el libro en ese camino también hace una doble travesía, una física y otra intelectual. No se trata de quitar importancia a la primera, ni de pensar que es menos relevante que la otra. Para empezar porque están muy entrelazadas. Por ejemplo, del simple contacto y familiaridad con los libros muchas veces nacen grandes vocaciones lectoras y no es raro que personas que se dedican a tareas en apariencia modestas en este proceso, como un impresor o un repartidor puedan ser muy aficionados a leer y eso tiene más importancia de la que parece. De hecho, los impresores históricamente siempre fueron algo así como una elite entre los artesanos y tuvieron un papel muy destacado en todo el movimiento obrero. Entre los intermediarios en esa travesía física podríamos incluir a todas aquellas personas que, en sentido estricto, pueden hacer su trabajo sin necesidad de leer el libro en el que están trabajando y a menudo así ocurre, lo que no quita para que sean grandes

profesionales, grandes artistas y que, en última instancia, puedan ser quienes más condicionen lo que ocurre en el momento en que un lector se siente atraído por un libro. Todo esto es una simplificación, por supuesto: un diseñador seguramente lee a fondo las novelas en las que trabaja, por más que pueda ser suficiente con que el editor le diga qué pretende evocar con una portada. Lo que está claro, en cualquier caso, es que las decisiones de un tipógrafo al seleccionar el tipo y el cuerpo de letra, de quienes componen las páginas y eligen el color y el tono del papel, de quienes diseñan las colecciones, de quienes ilustran las portadas, es determinante y pueden condicionar muchísimo la elección de un lector. No sé si existen estudios rigurosos sobre cómo se produce esa elección cuando alguien entra en una biblioteca o en una librería sin saber muy bien qué va buscando, pero hay un montón de reacciones que están ocurriendo casi a un nivel subliminal. Cualquier bibliotecario, cualquier librero termina por desarrollar un instinto por el que adivina qué libro no va a durar ni minutos en un expositor de novedades o en un escaparate y qué libros se van a quedar ahí durante semanas sin que nadie se los lleve, y no estamos hablando de autores de best sellers sino de lo que puede captar la atención de un lector, de una lectora en apenas unos segundos. Todo esto ocurre en esta travesía física, sin que hasta el momento haya sido necesario que nadie haya leído el libro. Luego ya vendrá quien nos diga que ese libro que no nos había atraído en un primer momento merece mucho la pena y por el contrario esa especie de pavo real literario que nos ha deslumbrado con su plumaje y su colorido, no vale nada. Pero eso ya forma parte de la otra travesía, la que podemos llamar intelectual, que puede parecer más digna, pero también eso es engañoso.

DOS. En esa segunda travesía que hacen los libros, lo que importa no es tanto cómo viajan y se perciben en tanto objetos físicos (como ladrillos o como cajones de madera, aunque generalmente, justo es reconocerlo, mucho más hermosos) sino cómo se transmite lo que contienen, como salta esa parte intangible, no de unas manos a otras, sino de una mente a otra mente, de un pensamiento a otro pensamiento. Y eso se hace por otros canales. Cuando hablamos de la crisis del libro casi siempre nos referimos a la travesía física, no a la intelectual: ésta goza de buena salud. Las historias que contienen los libros, y que nos siguen interesando, como siempre, pueden llegar a los lectores de muchas maneras, en formatos electrónicos (en tablets, e-books, en smartphones), en audiolibros, por las ondas... éste casi nunca es el problema. Lo que importa es que funcione bien la cadena de intermediarios que hay también en este nivel entre

quien escribe y quien lee en esta travesía intelectual. Aquí estaríamos hablando de todas esas personas que por supuesto han tenido que leer el libro. Empezando por el editor y siguiendo por los traductores, ilustradores, correctores, prologuistas, las personas que se encargan de redactar los paratextos (las solapas, contraportadas, fajas, sobrecubiertas, etc.), los que diseñan la publicidad y en general todos los prescriptores entre los que podemos incluir periodistas, críticos, bloggers, profesores, etc.

El papel del editor, y eso también es una obviedad, es esencial. Es cierto que un lector muy joven, un lector extranjero, un no lector en busca de algo para regalar puede llegar a la librería en un estado casi virginal y sentirse atraído por un libro aislado del que lo desconoce todo, pero estos son casos muy raros. Quien entra en una librería o una biblioteca (y estamos hablando de momento solamente de lectores literarios) ya tiene una experiencia previa y sabe qué autores le han gustado antes y sabe, y esto es muy importante, qué editoriales y colecciones le inspiran confianza. Esa seguramente será una de las razones que más pesen en su elección. La influencia del editor por tanto es enorme, aunque sea sutil e implícita. Otra cosa son los medios de comunicación en general y los críticos en particular que ejercen su labor en suplementos, en revistas, en radios, en programas de televisión y, cada vez más, las replican en sus blogs y en redes sociales. Es curioso que muchas veces sean los propios escritores quienes hacen esta labor de comentaristas de las obras de sus colegas. Su posición, que es importante como filtro, como alerta sobre obras de interés, como orientación, en los últimos años de la impresión de que ha perdido peso en esta travesía. Seguramente porque todo se ha hecho más fragmentario y más poroso y la información llega ahora por muchas vías, pero en parte también porque los lectores muchas veces recelan de que no haya intereses y prejuicios personales, que con todos estos comentarios elogiosos sobre un joven autor o una joven autora no se quiera dar un empujón a una obra publicada en una editorial con la que se colabora o se quiere colaborar, etc. Y con todo, y para ser justos, hay críticos que siguen gozando de mucho prestigio, un prestigio que se han ganado merecidamente.

TRES. Los libreros y los bibliotecarios en esta travesía ocupan una posición intermedia y a menudo problemática. Por una parte son el último eslabón del viaje del libro en cuanto objeto y pueden jugar un papel importante en la manera en que a un libro concreto lo ponen en un lugar preeminente en

sus escaparates, lo destacan en un expositor, lo muestran en toda su extensión, lo incluyen en un boletín de novedades o por el contrario lo arrinconan, lo ponen de perfil y lo esconden rápidamente en la estantería entre el resto del fondo. Y al mismo tiempo tradicionalmente se les ha atribuido un papel destacado como recomendadores, es decir, como último eslabón también en la travesía intelectual del libro y el que tiene una mayor interacción personal. Aquí ya estamos hablando de una recomendación cara a cara. La primera, seguramente, y en muchos casos, la única. Una de las consecuencias negativas que traen consigo las grandes librerías de venta online es que nos hace lectores más solitarios y mucho más desorientados.

Comparado con la de los críticos, la labor del librero y el bibliotecario es más importante y más compleja, porque no se trata de elegir un solo libro semanalmente sobre el que decir todo lo que se pueda decir en un par de folios. Al contrario: uno está en todo momento rodeado de miles de libros, que, además, en su parte más visible, cambian frecuentemente, y sobre los que en cualquier momento se ha de ser capaz de decir algo con solvencia. Está por tanto en esa situación, un tanto melancólica, de quien debe tener un conocimiento superficial de casi todo, y con poco tiempo para profundizar en casi nada (algo que está presente en otros muchos ámbitos en ese debate entre la especialización y la divulgación, entre lo global y lo local, entre el conocimiento extenso y el intenso).

Es evidente que para hablar a otros sobre un libro has tenido que leerlo, al menos parcialmente, o has tenido que informarte sobre qué contiene a través de reseñas, de entrevistas, de catálogos. Tienes que conocer otras obras de ese mismo autor, tienes que saber explicar cuál es la línea editorial de ese editor. En definitiva, es necesario contar con algo en lo que apoyarse. Es difícil recomendar, explicar o comentar algo que no conoces, y que me perdone ahora el autor de ese libro de título bastante falso que era *“Cómo hablar de libros que no se han leído”*. Aquí los procesos psicológicos aun son más sutiles y empiezan a entrar en juego de manera mucho más clara otros conceptos como la confianza, el prestigio, la autoridad, el deseo de quedar bien, las expectativas, la imagen que se quiere transmitir, la percepción que uno tiene de sí mismo, el esnobismo, la distinción (Bourdieu). Algunas de estas micro reacciones están presentes desde el principio, pero ahora, en esta recomendación cara a cara son más y más intensas.

El librero, el bibliotecario este papel de prescriptor se lo ha de ganar día a día siendo verdaderamente buenos lectores. Porque si bien es cierto que hay distribuidores que son grandes lectores, también es cierto, aunque parezca mentira, que hay bibliotecarios y libreros a los que no les gusta leer. Lo que no quiere decir que se queden callados cuando un cliente o un usuario les piden consejo. Actúan, eso sí, como si estuvieran vendiendo cualquier otro producto. Pasar un rato en una librería pequeña y escuchar cómo se dirige un librero, una librera a sus clientes cuando éstos le piden consejo es una experiencia fascinante. A menudo nos quedamos admirados y pensando: "¡qué buen vendedor es este tío o esta tía!" , aunque sospechemos que no ha leído ni por el forro el libro que está recomendando y esté hablando de oídas. Pero también nos podemos encontrar con libreros y bibliotecarios que en dos pinceladas son más certeros que el más reputado de los críticos. Eso explica que cuando vamos a una librería por primera vez no sabemos muy bien si ese librero bienintencionado que nos está recomendando algo será de fiar o no. Y ahí nos quedamos, titubeando, dudando entre dejarnos llevar por la intuición y comprar ese libro del que no sabemos nada pero nos ha llamado la atención o fiarnos de alguien del que tampoco sabemos a ciencia cierta si es un buen lector o simplemente un comerciante. Eso explica también que cuando realmente el librero o el bibliotecario conocen su oficio tienden a generar una gran fidelidad en sus clientes y usuarios. Cuando esto ocurre, cuando un librero se siente con autoridad para decirle a alguien, "esto te va a gustar" y el cliente le hace caso sin pestañear, entonces se ha convertido en el eslabón más fuerte del proceso, y su criterio es mucho más importante que el de la crítica, mucho más que el renombre de autor, que la coherencia de un editor y que la opinión de otros lectores. Eso lo saben o deberían saberlo los editores y los escritores.

CUATRO. La doble naturaleza del libro tiene otras consecuencias. Porque la transmisión del contenido del libro (la travesía intelectual) es una actividad indiscutiblemente cultural, pero los libros son el producto de una industria que fabrica productos y es necesario venderlos (y que alguien los compre) para que toda la maquinaria funcione. Empezando por el editor (muchas veces personas de una cultura abrumadora) y terminando por el librero siempre está presente esta doble cara (como de dios Jano), esa dicotomía, este doble mandato de sacar adelante empresas que son eminentemente culturales pero que al mismo tiempo han de ser rentables para sobrevivir. Las bibliotecas al estar financiadas con fondos públicos quedan un poco al margen y por eso cuando se presenta un libro en una

biblioteca, por ejemplo, se pone mucho el acento en el aspecto cultural del acto. Ocurre muchas veces que el autor o la autora pregunta tímida, aunque legítimamente, si puede vender ejemplares de su libro, algo que la biblioteca a veces con bastante hipocresía o no acepta o acepta a regañadientes, como si fuera algo vergonzante, como si se nos hubieran colado los mercaderes en el templo del saber. Y cada vez más a los libreros les ocurre casi lo contrario, que no terminan de salirles las cuentas cuando llenan sus librerías de actividades culturales, pero esto no se traduce en ventas. Es dramático ver cómo se han visto obligadas a cerrar librerías que habían llegado a convertirse en los centros más dinámicos de una ciudad, con encuentros continuos con autores, recitales, tertulias, etc. Para quienes entienden el mundo en términos de puro liberalismo económico y solo ven los libros como objetos físicos, el cierre de una librería no es muy diferente al cierre de una tienda de ropa o de una perfumería, algo que sin duda, también es dramático para quien puso ese negocio con ilusión y esfuerzo, pero difícilmente se puede justificar que tenga la misma trascendencia cultural para una comunidad.

CINCO. Los lectores, las lectoras (porque siguen siendo siempre más las mujeres que leen), son el destinatario final. De ellas y ellos depende en definitiva que todo este proceso culmine con éxito, son quienes refrendan o no las propuestas, quienes con sus decisiones consagran a un autor, consolidan su trayectoria o por el contrario le dan la espalda, le retiran su apoyo y le dejan caer después de un par de libros de éxito. Son quienes con una suma a menudo imprevisible e incomprensible de pequeñas decisiones individuales pueden conseguir verdaderos milagros gracias a lo que a falta de algo mejor seguimos llamando “el boca a oreja”. Cada temporada asistimos a un ejercicio de pura alquimia por el que un libro destinado a ser del montón, se convierte en un superventas millonario. Y como es lógico, muchos editores se devanan los sesos en busca de esa piedra filosofal, que difícilmente encuentran. Saben que han de andarse con prudencia porque también son los lectores los responsables de que un editor se de el batacazo con un libro por el que había pagados grandes sumas de dinero en derechos, en publicidad y en grandes tiradas que se quedan sin vender.

¿Y los clubes de lectura que pintan en todo esto?

Los clubes se han convertido en un eslabón en este proceso que ha ido ganando en importancia. Hace poco Jorge Larrosa hablaba de que es una

de las tres maneras de leer: una es la lectura en solitario, otra es la lectura guiada por un maestro, una maestra y otra es ésta lectura en grupo. Personalmente me gusta verlos como estaciones con grandes radares y antenas parabólicas orientadas al mundo exterior y que conforman una red cada vez más extensa y más tupida. Se engaña quien piensa que solamente se trata de grupos de personas que se reúnen para comentar una novela cada mes. Se habla de esa novela pero también de otras muchas lecturas y se recomiendan películas y obras de teatro y exposiciones. No voy a mencionar aquí las virtudes cívicas, de cohesión social, de autoestima que reporta formar parte de estos clubes. Ni tampoco de cómo han ido surgiendo en ámbitos como la discapacidad o la enfermedad mental como vehículos de integración. O cómo se utilizan, y mucho, en campañas de sensibilización sobre diferentes temas o entre colegas que trabajan en un mismo campo. Me voy a referir únicamente a los clubes de lectura como herramienta de fomento de la lectura, y creo que pocas hay tan poderosas porque al obligar a sus miembros a seguir un ritmo de lecturas quincenales o mensuales están asentado unos hábitos lectores. Solo por eso merecerían todo el respeto y todo el apoyo del mundo. ¿Pertener a un club de lectura nos hace mejores lectores? No siempre, pero en general yo creo que sí, que nos hace lectores más críticos, más atentos, más acostumbrados a reparar en detalles, a analizar una obra, nos hace lectores más conscientes y más disciplinados. Es difícil que alguien no termine un libro propuesto en el club. Nos hace también más abiertos a géneros y autores por los que a priori no se siente una especial inclinación. Un club de lectura puede tener un nivel de exigencia muy alto, depende lógicamente de los miembros que lo componen. Nos consta que hay clubes, muchos de ellos coordinados por escritores o profesores o bibliotecarios, donde se analizan las obras con una profundidad notable y con bastante más detalle de lo que se hace en una reseña profesional. ¿En todos? Por supuesto que no, como tampoco son igual de inteligentes todos los críticos ni todos los profesores que analizan una obra. Un club de lectura es en cierto modo un grupo de intérpretes y con ellos ocurre lo mismo que en otros ámbitos. Todos aceptamos con naturalidad el hecho de que convivan grupos muy buenos que se dedican a la interpretación musical o teatral con otros mucho más mediocres. Lo que es cierto es que hay sesiones de un club de lectura que son en sí mismas pequeñas obras de arte.

Hay otra metáfora a la que podríamos recurrir a la hora de definir estos clubes y es la del propio cerebro humano que según los neurólogos es de

una tremenda plasticidad. Su propia estructura y su propia morfología se van modificando a medida que adquiere conocimientos y experiencias. También los clubes de lectura están siempre evolucionando y se hacen más complejos y más ricos a medida que aumentan su experiencia lectora y de todo tipo. Porque alrededor de los clubes, y tampoco es éste el momento para analizarlo, se desarrollan un sinnúmero de propuestas culturales. Solo voy a mencionar tres que nosotros hemos llevado a cabo en diferentes momentos. Por ejemplo, los viajes literarios que hemos hecho a muchas ciudades españolas a conocer autores vinculados a la ciudad y a recorrer los escenarios de algunas novelas. La segunda es una actividad que llamamos *Leer con* y que nos ha permitido tener tertulias con jueces, psiquiatras, astrofísicos y leer obras que ellos nos han recomendado. Y la tercera, *Artilecturas*, una experiencia que consistió en que un grupo de artistas plásticos inspirándose en un libro, que todos los clubes de lectura leyeron también, hicieron diferentes obras pictóricas que expusieron en la biblioteca. Cada mes tuvimos tertulias con ellos y ellas para comentar las resonancias de los libros en sus cuadros.

Cuando se llevan cinco, diez, quince, veinte años perteneciendo a uno de estos clubes, el corpus de lecturas compartidas llega a ser impresionante. Son continuas las referencias a libros que se han leído en común pero también a otras lecturas que ha hecho cada uno de sus miembros por su cuenta. En esto de las recomendaciones actúan como verdaderas cajas de resonancia, con mayor repercusión de lo que parece porque cada miembro del club tiene a su vez toda una red de familiares y amigos a los que hablan de algo que se ha recomendado en el club. Ahí se establecen consensos, se llega a tener una especie de canon para uso del propio grupo, se hacen bromas sobre un autor que nos aburrió sobremanera o se recuerda la buena impresión que nos causó otro u otra cuando lo conocimos. Las relaciones que se establecen en el grupo son de una tremenda horizontalidad, aunque no podemos ser tan ingenuos para no ver que algunas opiniones tienen una mayor consideración del grupo que otras. Toda esta dinámica por la que existe una igualdad de todos y todas a la hora de expresarse al mismo tiempo que algunos miembros terminan teniendo un plus de prestigio reconocido de manera implícita por todos, todo este juego de humildad por una parte y autoridad intelectual por otra, de hallazgos deslumbrantes inesperados, hacen que sean un eslabón muy particular en esta cadena de intermediarios y una actividad tremendamente enriquecedora.

Es importante, por todo esto, dar a conocer los clubes de lectura a los jóvenes. Proyectos como Mandarache en Cartagena, el premio Azagal en Tenerife, el Inmortales de Herencia o el proyecto "[Epicentros de lectura](#)", que impulsamos en el Servicio de bibliotecas de Navarra son muy necesarios. Es fundamental tratar de que las jóvenes y los jóvenes descubran el placer de la lectura. El futuro pasa por ahí, por conseguir que las próximas generaciones sigan valorando el libro, las librerías y las bibliotecas. Es éste un reto gigantesco en un mundo en el que los cantos de sirena son tantos y tan ensordecedores, pero precisamente por eso no deberíamos escatimar esfuerzos.